

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección

bnch

Clasificación.....

9(187-13)

Cutter

Año Ed.....

1942

Copia.....

Registro Seaco

—

Registro Notis.....

AAA 7985

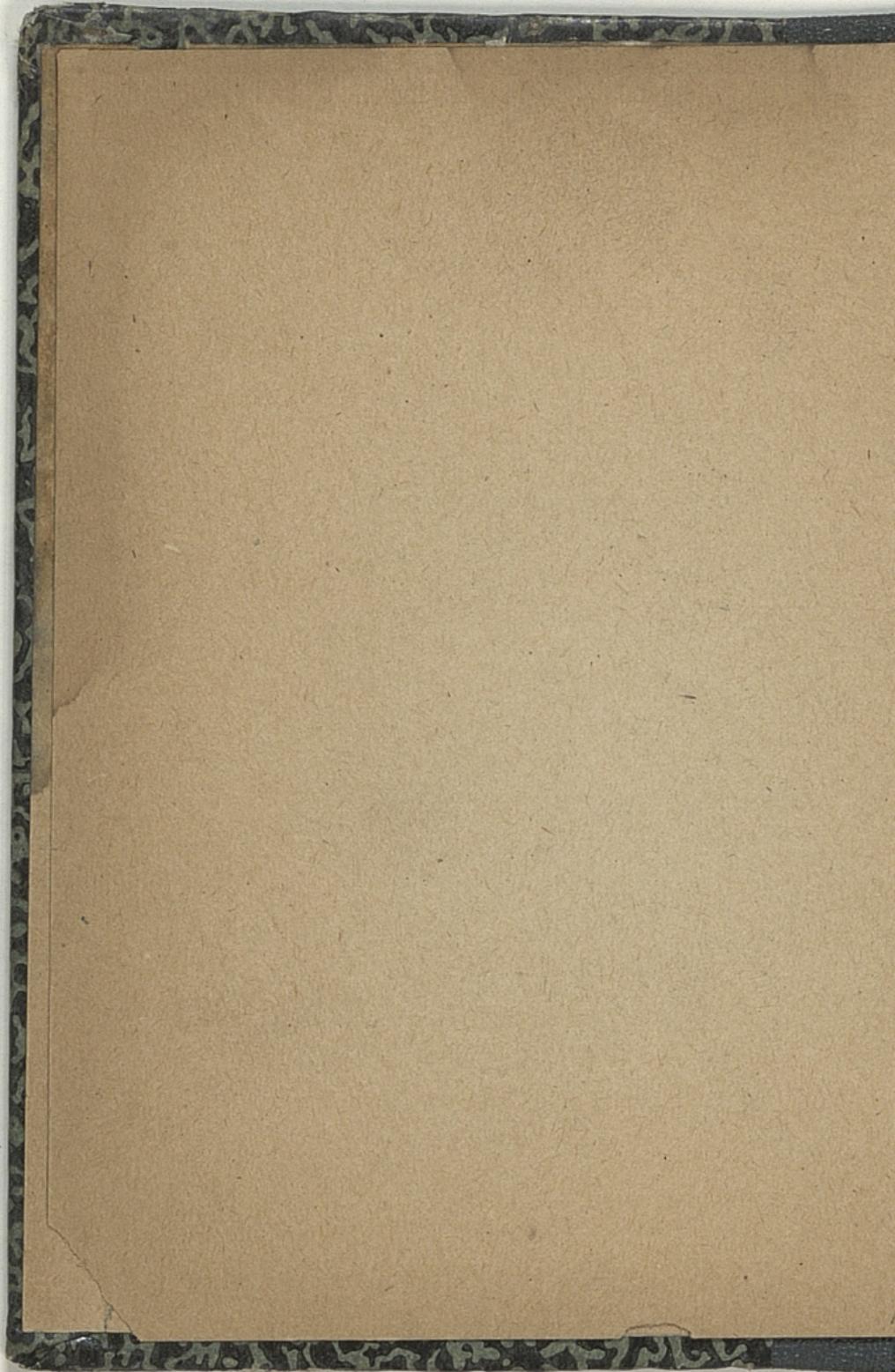
BIBLIOTECA NACIONAL



0180173

9 (187-13)

11

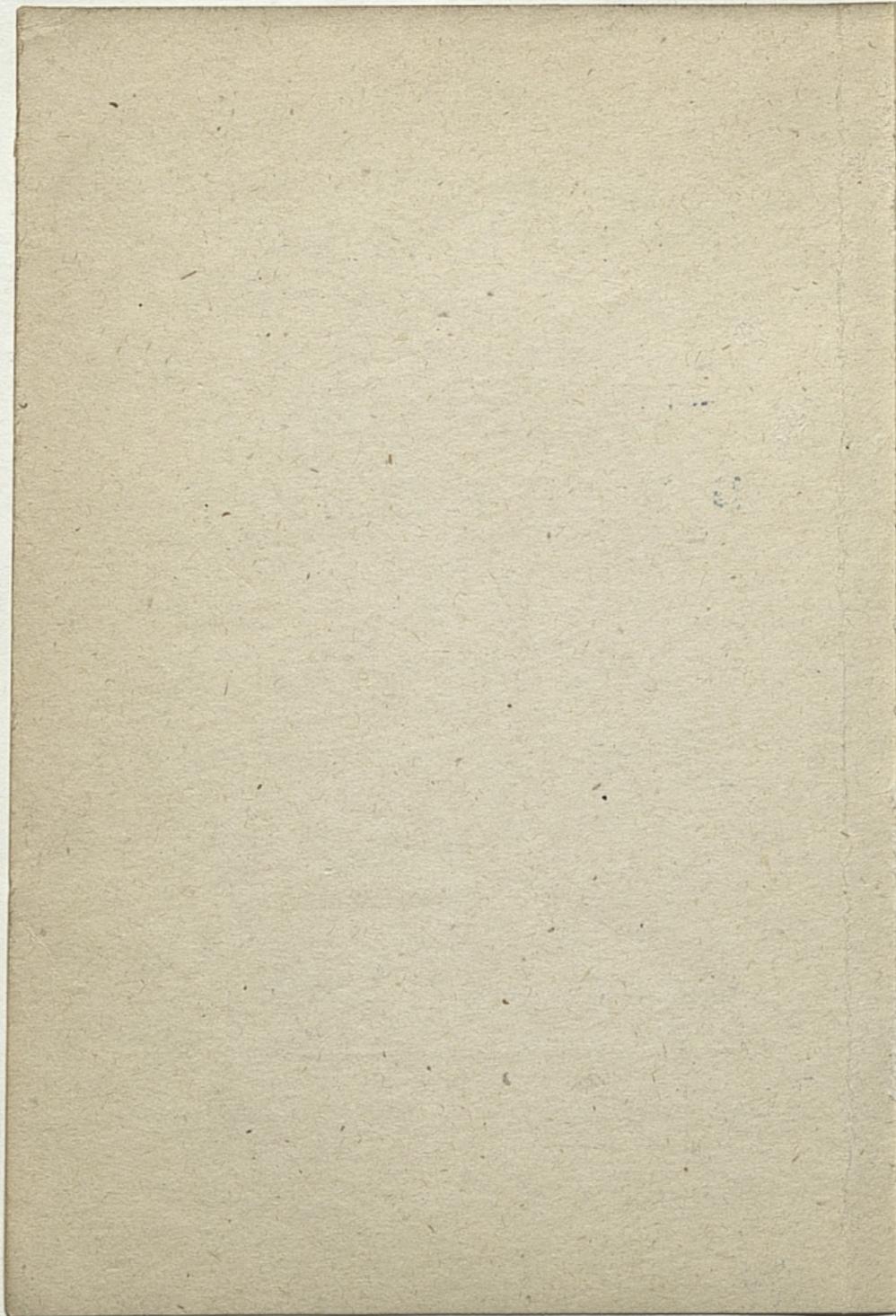


Vicente Huidobro

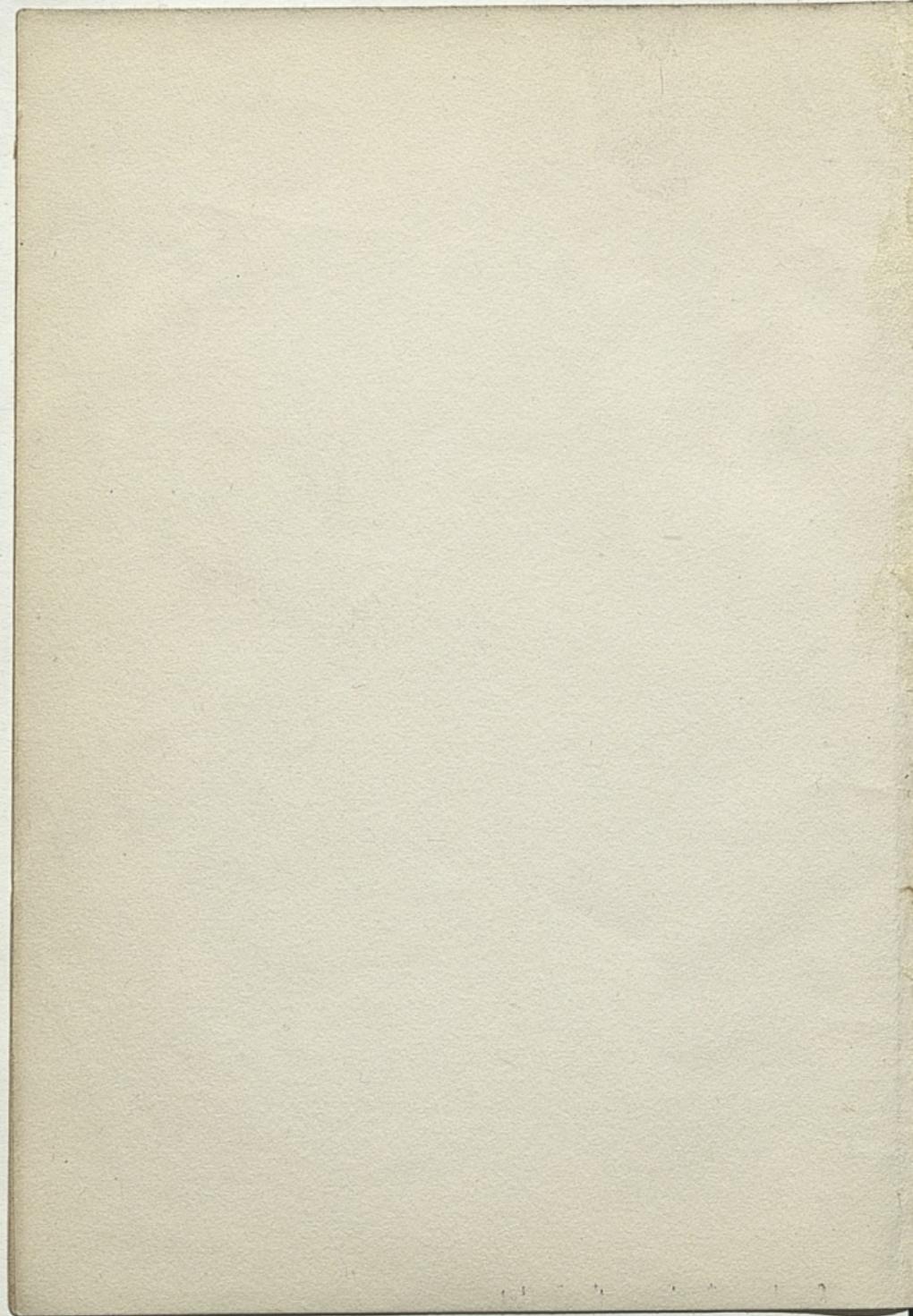
★ ★
★
TEMBLOR
D E C I E L O

★ ★
Cruz del Sur

1 9 4 2



11



**TEMBLOR
DE CIELO**

bnch
ch 861
H8-97

1942

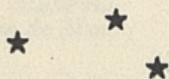
ANR 2985

Colección de Autores Chilenos

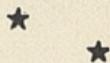
DIRECTOR: MANUEL ROJAS

Es propiedad del autor. Reservados los derechos para todos los países. Inscripción N.º 8806. Copyright by Editorial Cruz del Sur.

Vicente Huidobro



**TEMBLOR
D E C I E L O**



Cruz del Sur

1 9 4 2

Vicente Huidobro
1900

TEMBLOR

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Cruc del Sur

1900

LA POESIA

(Fragmento de una conferencia leída en el Ateneo de Madrid, el año 1921).



APARTE de la significación gramatical del lenguaje, hay otra, una significación mágica que es la única que nos interesa. Uno es el lenguaje objetivo que sirve para nombrar las cosas del mundo sin sacarlas fuera de su calidad de inventario; el otro rompe esa norma convencional y en

él las palabras pierden su representación estricta para adquirir otra más profunda y como rodeada de una aura luminosa que debe elevar al lector del plano habitual y envolverlo en una atmósfera encantada.

En todas las cosas hay una palabra interna, una palabra latente y que está debajo de la palabra que las designa. Esa es la palabra que debe descubrir el poeta.

La poesía es el vocablo virgen de todo prejuicio; el verbo creado y creador, la palabra recién nacida. Ella se desarrolla en el alba primera del mundo. Su precisión no consiste en denominar las cosas, sino en no alejarse del alba.

Su vocabulario es infinito porque ella no cree en la certeza de todas

sus posibles combinaciones. Y su rol es convertir las probabilidades en certeza. Su valor está marcado por la distancia que va de lo que vemos a lo que imaginamos. Para ella no hay pasado ni futuro.

El poeta crea fuera del mundo que existe el que debiera existir. Yo tengo derecho a querer ver una flor que anda o un rebaño de ovejas atravesando el arco iris, y el que quiera negarme este derecho o limitar el campo de mis visiones debe ser considerado un simple inepto.

El poeta hace cambiar de vida a las cosas de la Naturaleza, saca con su red todo aquello que se mueve en el caos de lo innombrado, tiende hilos eléctricos entre las palabras y ilumina de repente rincones descono-

cidos y todo ese mundo estalla en fantasmas inesperados.

El valor del lenguaje de la poesía está en razón directa de su alejamiento del lenguaje que se habla. Esto es lo que el vulgo no puede comprender porque no quiere aceptar que el poeta trate de expresar sólo lo inexpresable. Lo otro queda para los vecinos de la ciudad. El lector corriente no se da cuenta de que el mundo rebasa fuera del valor de las palabras, que queda siempre un más allá de la vista humana, un campo inmenso lejos de las fórmulas del tráfico diario.

La Poesía es un desafío a la Razón, el único desafío que la razón puede aceptar, pues una crea su realidad en

el mundo que ES y la otra en el que ESTÁ SIENDO.

La Poesía está antes del principio del hombre y después del fin del hombre. Ella es el lenguaje del Paraíso y el lenguaje del Juicio Final, ella ordeña las ubres de la eternidad, ella es intangible como el tabú del cielo.

La Poesía es el lenguaje de la Creación. Por eso sólo los que llevan el recuerdo de aquel tiempo, sólo los que no han olvidado los vagidos del parto universal ni los acentos del mundo en su formación, son poetas. Las células del poeta están amasadas en el primer dolor y guardan el ritmo del primer espasmo. En la garganta del poeta el universo busca su voz, una voz inmortal.

El poeta representa el drama angustioso que se realiza entre el mundo y el cerebro humano, entre el mundo y su representación. El que no haya sentido el drama que se juega entre la cosa y la palabra, no podrá comprenderme.

El poeta conoce el eco de los llamados de las cosas a las palabras, ve los lazos sutiles que se tienden las cosas entre sí, oye las voces secretas que se lanzan unas a otras palabras separadas por distancias inconmensurables. Hace darse la mano a vocablos enemigos desde el principio del mundo, los agrupa y los obliga a marchar en su rebaño por rebeldes que sean, descubre las alusiones más misteriosas del verbo y las condensa en un plano superior, las entreteje

en su discurso en donde lo arbitrario pasa a tomar un rol encantatorio. Allí todo cobra nueva fuerza y así puede penetrar en la carne y dar fiebre al alma. Allí coge ese temblor ardiente de la palabra interna que abre el cerebro del lector y le da alas y lo transporta a un plano superior, lo eleva de rango. Entonces se apodera del alma la fascinación misteriosa y la tremenda majestad.

Las palabras tienen un genio recóndito, un pasado mágico que sólo el poeta sabe descubrir porque él siempre vuelve a la fuente.

El lenguaje se convierte en un ceremonial de conjuro y se presenta en la luminosidad de su desnudez inicial ajena a todo vestuario convencional fijado de antemano.

Toda poesía válida tiende al último límite de la imaginación. Y no sólo de la imaginación, sino del espíritu mismo porque la poesía no es otra cosa que el último horizonte que es a su vez, la arista en donde los extremos se tocan, en donde no hay contradicción ni duda. Al llegar a ese lindero final el encadenamiento habitual de los fenómenos rompe su lógica y al otro lado, en donde empiezan las tierras del poeta, la cadena se rehace en una lógica nueva.

El poeta os tiende la mano para conducirnos más allá del último horizonte, más arriba de la punta de la pirámide, en ese campo que se extiende más allá de lo verdadero y lo falso, más allá de la vida y de la muerte, más allá del espacio y del

tiempo, más allá de la razón y la fantasía, más allá del espíritu y la materia.

Allí ha plantado el árbol de sus ojos y desde allí contempla el mundo, desde allí os habla y os descubre los secretos del mundo.

Hay en su garganta un incendio inextinguible.

Hay además ese balanceo de mar entre dos estrellas.

Y hay ese Fiat Lux que lleva clavado en su lengua

ANTE todo hay que saber cuántas veces debemos abandonar nuestra novia y huir de sexo en sexo hasta el fin de la tierra.

Allí en donde el vacío pasa su arco de violín sobre el horizonte y el hombre se transforma en pájaro y el ángel en piedra preciosa.

El Padre Eterno está fabricando tinieblas en su laboratorio y trabaja para volver sordos a los ciegos.

Tiene un ojo en la mano y no sabe a quién ponérselo. Y en un bocal tiene una oreja en cópula con otro ojo.

Estamos lejos, en el fin de los fines, en donde un hombre colgado por los pies de una estrella se balancea en el espacio con la cabeza hacia abajo. El viento que dobla los árboles, agita sus cabellos dulcemente

Los arroyos voladores se posan en las selvas nuevas donde los pájaros maldicen el amanecer de tanta flor inútil.

Con cuánta razón ellos insultan las palpitaciones de esas cosas oscuras.

Si se tratara solamente de degollar al capitán de las flores y hacerle sangrar el corazón del sentimiento

superfluo, el corazón lleno de secretos y trozos de universo.

La boca de un hombre amado sobre un tambor.

Los senos de la niña inolvidable clavados en el mismo árbol donde los picotean los ruiñeños.

Y la estatua del héroe en el polo.

Destruirlo todo, todo, a bala y a cuchillo.

Los ídolos se baten bajo el agua.

—Isolda, Isolda, cuántos kilómetros nos separan, cuántos sexos entre tú y yo.

Tú sabes bien que Dios arranca los ojos a las flores pues su manía es la ceguera.

Y transforma el espíritu en un paquete de plumas y transforma

las novias sentadas sobre rosas en
serpientes de pianola, en serpientes
hermanas de la flauta, de la misma
flauta que se besa en las noches de
nieve y que las llama desde lejos.

Pero tú no sabes por qué razón
el mirlo despedaza el árbol entre
sus dedos sangrientos.

Y éste es el misterio.

Cuarenta días y cuarenta noches
trepando de rama en rama como
en el Diluvio. Cuarenta días y
cuarenta noches de misterio entre
rocas y picachos.

Yo podría caerme de destino en
destino, pero siempre guardaré el
recuerdo del cielo.

¿Conoces las visiones de la altura?

¿Has visto el corazón de la luz?

Yo me convierto a veces en una

selva inmensa y recorro los mundos como un ejército.

Mira la entrada de los ríos.

El mar puede apenas ser mi teatro en ciertas tardes.

La calle de los sueños no tiene árboles, ni una mujer crucificada en una flor, ni un barco pasando las páginas del mar.

La calle de los sueños tiene un ombligo inmenso de donde asoma una botella. Adentro de la botella hay un obispo muerto que cambia de colores cada vez que se mueve la botella.

Hay cuatro velas que se encienden y se apagan siguiendo un turno sucesivo. A veces un relámpago nos hace ver en el cielo una mujer des-

pedazada que viene cayendo desde hace ciento cuarenta años.

El cielo esconde su misterio.

En todas las escalas se supone un asesino escondido. Los cantores cardíacos mueren sólo de pensar en ello.

Así las mariposas enfermizas volverán a su estado de gusanos del cual no debían haber salido nunca. El oído recaerá en infancia y se llenará de ecos marinos y de esas algas que flotan en los ojos de ciertos pájaros.

Solamente Isolda conoce el misterio. Pero ella recorre el arco-iris con sus dedos temblorosos en busca de un sonido especial.

Y si un mirlo le picotea el ojo, ella le deja beber toda el agua que

quiera con la misma sonrisa que atrae los rebaños de búfalos.

¿Sobre qué corazón hinchado de amargura podrías flotar tú en todos los océanos, en cualquier mar?

Porque debes saber que aferrarse a un corazón como a una boya es peligroso a causa de las grutas marinas que los atraen y en donde los pulpos que son nudos de serpientes o trompas de elefantes les cierran la salida para siempre.

Date cuenta de lo que es una montaña con los brazos levantados pidiendo perdón y piensa que es menos peligrosa que los mares y más asequible a la amistad.

Sin embargo tu destino es amar lo peligroso, lo peligroso que hay en ti y fuera de ti, besar los labios

del abismo contando con ayudas tenebrosas para el triunfo final de todas tus empresas y tus sueños cubiertos de rocío en el amanecer.

De lo contrario agradece y retírate hasta el fondo de la memoria de los hombres.

—Isolda, Isolda, en la época glacial los osos eran flores. Cuando vino el deshielo se libertaron de sí mismos y salieron corriendo en todas direcciones.

Piensa en la resurrección.

Sólo tú conoces el milagro. Tú has visto ejecutarse el milagro ante cien arpas maravilladas y todos los cañones apuntando al horizonte.

Había entonces un desfile de marineros ante un rey en un país lejano. Las olas esperaban impacientes la

vuelta de los suyos. Entretanto el mar aplaudía.

El termómetro bajaba lentamente porque el mirlo había dejado de cantar y pensaba lanzarse de un trapecio al medio del mundo.

Ahora sólo una cosa temo y es que tú salgas de una lámpara o de algún florero y me hables en términos elocuentes como hablan las magnolias en la tarde. El cuarto se llenaría de libélulas agonizantes y yo tendría que sentarme para no caer al suelo sin conocimiento.

La muerte sería el pensamiento mismo. Reflejado en todas partes donde se vuelvan los ojos.

Sobre el castillo el esqueleto del general hará señas como un semáforo. Nosotros contaremos las cala-

veras que se arrastran por el campo atadas a través de una cuerda interminable a la cola del caballo sonámbulo que nadie reconoce como suyo.

Los esclavos negros aplaudirán sobre el vientre de las esclavas tan ebrias como ellos sin darse cuenta que el viento es un fantasma y que los árboles allá lejos flotan sobre un cementerio.

¿Quién ha contado todos sus muertos?

Y si se abrieran todas las ventanas y si todas las lámparas se ponen a cantar y si se incendia el cementerio?

Por cada pájaro del cielo habrá un cazador en la tierra.

Sonarán los clarines y las banderas se convertirán en luces de bengala. Murió la fe, murieron to-

das las aves de rapiña que te roían el corazón.

Pasan volando las estatuas migratorias.

En la llanura inmensa se oye el suplicio de los ídolos entre los cantos de los árboles.

Las flores huyen despavoridas.

Se abren las puertas de una música desconocida y salen los años del mago que se queda sentado agonizando con las manos sobre el pecho.

Cuántas cosas han muerto adentro de nosotros. Cuánta muerte llevamos en nosotros. ¿Por qué afeerrarnos a nuestros muertos? ¿Por qué nos empeñamos en resucitar nuestros muertos? Ellos nos impiden ver la idea que nace. Tenemos miedo a la nueva luz que se

presenta, a la que no estamos habituados todavía como a nuestros muertos inmóviles y sin sorpresa peligrosa. Hay que dejar lo muerto por lo que vive.

—Isolda, entierra todos tus muertos.

Piensa, recuerda, olvida. Que tu recuerdo olvide sus recuerdos, que tu olvido recuerde sus olvidos. Cuida de no morir antes de tu muerte.

Cómo dar un poco de grandeza a esta bestia actual que sólo dobla sus rodillas de cansancio a esas altas horas en que la luna llega volando y se coloca al frente.

Y, sin embargo, vivimos esperando un azar, la formación de un signo sideral en ese expiatorio más allá en donde no alcanza a llegar

ni el sonido de nuestras campanas.

Así, esperando el gran azar.

Que el polo norte se desprenda como el sombrero que saluda.

Que surja el continente que estamos aguardando desde hace tantos años, aquí sentados detrás de las rejas del horizonte.

Que pase corriendo el asesino disparando balazos sin control a sus perseguidores.

Que se sepa por qué nació aquella niña y no el niño prometido por los sueños y anunciado tantas veces.

Que se vea el cadáver que bosteza y se estira debajo de la tierra.

Que se vea pasar el fantasma glorioso entre las arboledas del cielo.

Que de repente se detengan todos los ríos a una voz de mando.

Que el cielo cambie de lugar.

Que los mares se amontonen en una gran pirámide más alta que todas las babeles soñadas por la ambición.

Que sople un viento desesperado y apague las estrellas.

Que un dedo luminoso escriba una palabra en el cielo de la noche.

Que se derrumbe la casa de enfrente.

Para esto vivimos, puedes creerme, para esto vivimos y no para otra cosa. Para esto tenemos voz y para esto tenemos una red en la voz.

Y para esto tenemos ese correr angustiado adentro de las venas y

ese galope de animal herido en el pecho.

Para esto enrojece la carne martirizada de las palabras y crece el pensamiento regado por los ríos subterráneos. Para esto el aullido del sobresalto heredado del abuelo más trágico.

Cortad la cabeza al monstruo que rugen en la puerta del sueño. Y luego que nadie prohíba nada.

Alguien habla y nace una amapola en la cumbre de la voz antes que brille el opio de la mirada futura.

—Paz en la tierra al marinero de la noche.

Los exploradores silenciosos levantan la cabeza y la aventura se desnuda de su traje de oro.

He aquí el sentido del ocaso.

Acaso el ocaso nos haga caso y entonces habréis comprendido los signos de la noche. Habréis comprendido los inventos del silencio. La mirada del sueño. El umbral del abismo. El viaje de los montes.

La travesía de la noche.

Isolda, Isolda, yo sigo mi destino.

¿En dónde has escondido el oasis que me habías prometido tantas veces?

La luz se cansó de andar.

¿A dónde lleva, dime, esa escalera que sale de tus ojos y se pierde en el aire?

¿Sabes tú que mi destino es andar? ¿Conoces la vanidad del ex-

plorador y el fantasma de la aventura?

Es una cuestión de sangre y huesos frente a un imán especial. Es un destino irrevocable de meteoro fabuloso.

No es una cuestión de amor en carne, es una cuestión de vida, una cuestión de espíritu viajante, de pájaro nómada.

Todas esas mujeres son árboles o piedras de reposo en el camino tal vez innecesarias.

Botellas de agua o toneles de embriaguez generalmente sin luz propia. Obedecen como las catedrales a un principio musical. Cada acorde tiene su correspondiente y todo consiste en saber tocar el punto del eco que ha de responder. Es fácil

hacer tejidos de sones y construir una verdadera techumbre o magníficas cúpulas para los días de lluvia.

Si el destino lo permite, podemos guarecernos por un tiempo y contar los dedos de aquella que nos tiende los brazos.

Luego el fantasma nos obligará a seguir la marcha. Saltaremos por encima de los senos palpitantes que son sus cúpulas porque ella tendida de espaldas imita un templo. Mejor dicho son los templos los que las imitan a ellas, con sus torres como senos, su cúpula central como cabeza y su puerta que quisiera imitar al sexo por donde se entra a buscar la vida que late en el vientre y por donde debe salir después la misma vida.

Pero nosotros no hemos da aceptar semejante imitación, ni podemos creer en la tal vida. En esa vida que sale con los ojos vendados y va estrellándose en todos los árboles del paisaje. Sólo creeremos en las flores que son cunas de gigantes, aunque sabemos que adentro de cada capullo duerme un enano.

Y al fondo las montañas de roca viva sonrían dulcemente.

Las montañas sonrían porque un ciego se ha sentado encima de ellas a oír redoblar los tambores del volcán. Pero lo que pasa en los llanos es más importante aún, pues los árboles del bosque se han convertido en serpientes y se debaten rítmicamente a causa de una flauta especial.

Me olvidaba decirlos que también hay un lago y que este lago se aleja según la dirección del viento. A veces llega hasta a perderse de vista, a veces pasa largos años ausente y vuelve de otro color. A veces tiene hambre y maldice a los hombres que no naufragan a la hora debida. Otras veces camina en cuatro patas y roe durante horas y horas los despojos de tanta tragedia acumulados en sus orillas o los reflejos de quién sabe qué tiempos secretos.

Si el pájaro del ojo se cae en el lago salta un geysir en la montaña. Un geysir hermoso como un árbol con una mujer que se equilibra en la punta.

También el lago puede equili-

brarse en la punta del árbol. Todo depende de mi voluntad y del tambor que redoble a tiempo.

Todos esos espías escondidos tras de los árboles no esperan el milagro como ellos quisieran hacer creer sino a la mujer desnuda y ciega que sale a pasear en las tardes su estatua perdida y puede estrellarse en ellos.

Estás malgastando el tiempo.

Mirad, mirad hay un incendio en la luna.

Vestida de blanco, Isolda venía como una nube. Entonces la luna empezó a caer envuelta en llamas. En las playas danzaba un reflejo de fuego.

Los espectros salen uno a uno de cada ola que se levanta. Vosotros

que estáis allí escondidos, llegó la hora de temblar ante la voracidad de la muerte.

El sol poniente hace una aureola sobre la cabeza del último náufrago que flota a la deriva sin oír más los cantos de la orilla.

Los lobos se pasean con los ojos brillantes entre las ramas de la noche, enlazados estrechamente y llorando sin causa precisa.

El hombre aquél, más grande que los otros, abre la boca en medio del jardín y empieza a tragar luciérnagas durante horas enteras.

Los árboles están retorcidos a causa de un dolor extraño. Y millares de meteoros que caen del cielo forman espirales en la atmósfera nuestra como si fueran piedras en el agua.

Un humo espeso sale de todos lados. Ahora sólo brillan los ojos de los lobos y el hombre lleno de luciérnagas. Todo lo demás es penumbra.

La montaña abre sus puertas y el ciego entra con los brazos extendidos.

Hay un árbol, un árbol grueso que se retuerce en el fuego del crepúsculo.

Arriba se está meciendo un planeta recién nacido.

Caen aureolas sobre la tierra. Una detrás de otra van cayendo cientos de aureolas sobre la tierra, algunas sobre ciertas cabezas... ¿Y nada más?

Una isla de palmeras surge del mar para los novios que se pasean enlazados.

Algún día uno de ellos encontrará la cabeza que se le había perdido, inmóvil en el mismo sitio en que la perdiera.

¿Cuándo? ¿En dónde? ¿Cuál de ellos?

He ahí el suplicio, Isolda, detrás de la montaña. He allí el suplicio.

Las selvas migratorias no llegarán tan lejos.

Hay una sandalia sola en medio de la tierra.

La marcha de las tardes que pasan se siente en el fondo del mar. En el momento éste en que todo se torna brillante de ebriedad.

Hay un sombrero más allá a la altura de una cabeza.

Hay un bastón clavado en el suelo y a la altura de una mano.

Y no hay nada más. Porque ninguno de vosotros puede ver el fantasma que sonrío al perro en este instante.

Ninguno sabe por qué se movieron las cortinas detrás de la cama.

Ni por qué se sonrojaron las mejillas de Isolda como dos cortinas que se corren.

Y por qué temblaron sus piernas como dos cortinas que se abren.

*

Yo sería capaz de llorar en el amanecer por verte sonreír.

Sería capaz de mendigar el saludo del espectro que camina solemne hacia la edad de piedra.

Bien lo sabes, por ti pasaré como

un reflejo de selva en selva. ¿Qué más quieres?

Dos cuerpos enlazados domestican la eternidad.

Y es preciso ponerse de rodillas.

Entonces el castillo se convierte en una flor, el ojo se convierte en un río lleno de barcas y toda clase de peces.

El piano se convierte en una montaña, el mar en una pequeña alcachofa que gira como un molino.

Los nervios se convierten en un árbol lleno de temblores y sus temblores se propagan en la noche de trecho en trecho hasta el infinito.

El cerebro rueda cuerpo abajo y se va no se sabe dónde. Al mismo instante las selvas huyen a la desbandada.

Empieza el suplicio de los huesos

con su saco de nubes a cuestas, bajando desde la cumbre de la matriz silenciosa, triste como el pájaro de una bruja, como la flor amenazada en la noche.

Preparado por la soledad todo es posible. Desde luego colgada de cada lámpara una mujer se mece en el aire que respiramos. Sale una música de cada cuadro en la pared, puesto que sabemos que todo paisaje es un instrumento musical. Y detrás de cada puerta hay un esqueleto impaciente que espera.

La noche llora en su retiro completamente abandonada. La noche que te auscultaba el corazón. La noche ¿te acuerdas? Cuando las cortinas tomaban forma de orejas y forma de párpados con pestañas de silencio.

Entonces yo me inclinaba sobre ti como en una mesa de disección, hundía en ti mis labios y te miraba; tu vientre semejante a una herida viva y tus ojos como el fin del mundo.

Arrastrados por la soledad, Isolda, nos sumergimos en la noche que nos esperaba al pie de la casa.

*

Hemos andado mucho. Los reflectores buscaban desesperados en la noche, corrían de un lado para otro, se cruzaban en el infinito, se saludaban y se despedían para siempre. De pronto una mano salió en medio del cielo, una mano como de náufrago, y apretó entre sus dedos la cabeza de un pájaro que cayó, sin una protesta de sus labios, lentamente sobre la tierra.

Estábamos a la orilla del mar. Una ola vino corriendo, tomó al pájaro muerto y se lo llevó consigo.

La montaña de la orilla tuvo un pequeño escalofrío, luego de su espalda de cetáceo brotó un chorro de agua fresca y cristalina mientras una ola pasaba por encima del faro que pareció adentro de una vitrina lejana.

Así volvió la hora de la serenidad traída de la mano por un cometa que nadie supo bautizar y que los niños llamaron, nunca se ha sabido por qué, Cabellera de Eloísa.

Aún suele verse en las noches el ojo que flota sobre el mar como una almendra desolada.

Aún suele verse el barco que pasa por el aire con las redes tendidas.

Aún suele verse al ahogado mecido

entre dos aguas con el cuerpo luminoso.

Aún suele verse el velero como una cruz en su Gólgota interminable.

Aún suele verse a los piratas aferrados a la quilla y al capitán colgado del palo mayor en alta mar.

Aún puede verse a la luz de un relámpago al timonero pálido con las barbas al viento.

Aún puede verse a la luz de un relámpago a la muerta desnuda con los senos hinchados.

Aún puede verse a la luz de un relámpago el caballo del rapto que se pierde a lo lejos.

Aún suele verse en las noches de luna la mano que flota.

Pero la pesca de sirenas con los cabellos enredados en las redes no ha

vuelto a verse y en vano hemos esperado.

Hemos saludado todas las olas, hemos mirado atentamente, hemos agitado nuestros sombreros y nuestros pañuelos, hemos jugado sus senos a los dados en la cubierta de miles de barcos. Todo inútil. Los cómplices del alba oyeron las flores en viaje, oyeron la marcha de la luz polar y otra vez la marcha del héroe hacia la edad de piedra.

Pero nadie verá el suplicio de las sirenas.

En vano levantáis los dedos señalando cada pliegue del mar o cada temblor en las nubes.

Yo os lo digo, ella está más escondida que la noche.

Un pájaro solitario como el mar, se aleja lentamente tal vez a causa de vuestros gritos.

Se aleja lentamente, he dicho, hacia las maravillas de su sueño propio. Se aleja llevándose el sentido de la tarde.

No es para vosotros el panorama del secreto naciente. ¿Qué sabéis vosotros de los encuentros en la eternidad?

Os repito, ella está más escondida que la noche al medio día.

Inútilmente aparejamos hacia la venturosa exploración. Ni hacia las pescas impasibles apenas iluminadas por las luces internas del mar, apenas balanceadas por el silencio o la soledad.

* BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

¿Quién ha sido el asesino?

Ante el juez está el cadáver de la mujer como la momia de la más bella faraona.

Gritad, acusadores.

Inútilmente el juez escruta los ojos de los circunstantes. La forma de ningún ojo presente corresponde a la forma de la herida que se ve aún sangrienta en el pecho desnudo.

Una ráfaga violenta cierra todos los párpados. El juez enrojece de cólera.

—Señores ¿quién oyó el disparo?

¿Nadie vió una sombra huir por la ventana? ¿Nadie vió una luz en medio de la noche?

Todos los ojos se vuelven hacia el hombre grande que se comía las luciérnagas en el jardín.

A través de la transparencia de su cuerpo, se ve algo como un puñal o un lirio escondidos, pero la tranquilidad del presunto criminal siembra la duda en sus acusadores.

Dos lágrimas ruedan por sus mejillas.

—Es él, es él—, gritan algunos.

—No es él, no es él—, gritan otros.

Un redoble de tambores viene bajando por el cielo como si cayera una lluvia de piedras en la luna.

El acusado permanece imperturbable. Con los ojos grandes fijos, sin un pestañeo, aún en el momento en que siente una corona que empieza a nacer en torno de su frente.

Todos miran hacia las calles. Va cruzando el cortejo brotado de la explosión triunfal. Las banderas desple-

gadas como el viento. Todos miran pero él ni siquiera mueve los ojos.

—Al criminal. Al criminal.

Cuando la muchedumbre se lanzó encima, mil puños levantados fueron a estrellarse en una estatua de mármol que miraba fijamente al horizonte.

Entonces en el horizonte apareció un cometa con un largo manto de luciérnagas y empezó a levantarse sobre el cielo que lo recibía con los brazos abiertos.

A los pocos minutos, en el fondo del mismo horizonte se abrió una ventana y se asomó la novia con los ojos hermosos adormilados mirando al cometa y tratando de adivinar el presagio, acaso doloroso, que anunciaba su presencia entre los hombres. ¿Qué

signos mágicos hace la novia con sus manos blancas como el cielo? Tiene en su mano derecha un diamante perfecto del cual empieza a brotar una fuente de aguas que corre mansa hacia nosotros.

De pronto un alarido ensordecedor se eleva en los aires.

—A la guillotina. La guillotina, la guillotina.

Momentos más tarde, cuando ante la muchedumbre sedienta de sangre, el cuchillo fatal cortaba la cabeza de mármol del acusado, un inmenso chorro de luz manaba de su cuello interminablemente.

Al mismo instante hubo en el cielo un espantoso terremoto. Se rompían las estrellas en mil pedazos, se incendiaban los planetas, volaban trozos de

lunas, saltaban carbones encendidos de los volcanes de otros astros y venían a veces a clavarse chirriando en los ojos desorbitados de los hombres.

La muchedumbre huía despavorida. Unos se escondían pidiendo auxilio bajo la tierra, otros caían de rodillas golpeándose el pecho y clamando perdón con los brazos levantados al firmamento.

El chorro de luz seguía manando del cuello del ajusticiado sobre la plataforma de la muerte.

*

En medio de la catástrofe y de la confusión general, unos brazos más poderosos que cien mares se apretaron en mi cuello.

—Isolda, Isolda ¿eres tú?

—Cuántos años lejos el uno del otro.

—Se ha necesitado una hecatombe semejante para volver a encontrarnos.

—Tú, árbol de la sabiduría, con los ojos maduros en la puerta del sueño y ese andar de elefante con pies de ídolo.

—Muéstrame los senos milenarios, tus senos del comienzo y del fin.

—Siempre esperando la edad de las maravillas como la paloma del mago.

—Dame a besar tus senos.

El ángel prisionero rompe sus cadenas y vuela en los aires perseguido, en vano, por algunos fusiles inexpertos.

Poderosa y solitaria vuelve a caer la noche. Las serpientes iluminadas de la tempestad corren a saltos en pos del ángel libertado imposible de atrapar.

Isolda se aprieta a mí, se incrusta entre mis brazos.

En la fragua de los relámpagos se oyen los martillazos con que la borrasca está labrando la corona para mi cabeza de rey.

¡Cuántos ciegos habrá hecho esta corona demasiado brillante!

Innumerables son los que al mirarla contemplan la última visión de su vida. El precioso gigante que agoniza sobre el mar, sólo pide mirarla para volver a la vida o morir tranquilo.

Son muchas las visiones grabadas en ella como en un friso. En ella se ve el cuerpo de una mujer ardiendo en el incendio que se levanta de sus propias carnes y no hay manera de apagar las llamas.

Y tantas otras visiones. Como aquella de los enanos que pasan volando llevando sobre los hombros el ataúd de un Titán.

Y aquella de la isla arrancada por el viento que cae sobre la ciudad.

Y aquella del rayo entretejido en la lluvia de la borrasca.

Y aquella de las palmeras dobladas bajo las ruedas del huracán.

Y aquella de la montaña de nubes que se detiene tanto tiempo que empieza a crecer en ella una dulce vegetación.

Y aquella de la noche amarga en que se está muriendo alguien.

Creo que es llegado el momento de pensar en la noche en que nos estaremos muriendo nosotros.

—Isolda, te amo y a través de to-

das las otras sólo he buscado amarte más.

Amarga es la noche y profundo el abismo donde tus brazos me arrojaron. Voy cayendo crispado con las manos desesperadas como un Niágara irremisiblemente perdido.

Las espumas me salpican el rostro antes de llegar al fondo. El ruido me aturde las orejas, me rebota en el cerebro antes de que mi cuerpo se rompa en pedazos en el fondo.

Sin embargo, aún sonrío esperando que de un momento a otro mi cuerpo puede sentirse más ligero que el aire.

O que caiga un lazo de quien sabe qué estrella y me pesque y me levante en el momento mismo de ir a tocar el suelo.

—Isolda, he aquí la actitud del hombre perfecto.

El viento me mece de un lado para otro. Abajo, las miradas de los hombres me atan a su pavor terrestre en una llanura triste en la cual se ve una casa sola allá lejos y una humareda que trata de levantar la casa al cielo.

La casa del crimen jamás podrá despegarse de su pedazo de región. Sin embargo a pesar de que el espectáculo ahora se ha puesto bastante lamentable, la noche es más brillante que nunca, no hay un puesto libre en todo el cielo. ¿Y esto para ver qué?

La garganta de la hermosa mujer tiene la forma de una canción.

Y ella cantará, cantará segura de que yo no he de morir aún. Cantará

a pesar de la estación demasiado avanzada, a pesar de la noche que rueda de las montañas, a pesar de las dificultades del terreno. Cantará.

Y el niño dejará de llorar sobre su pequeño navío blanco. Y saldrá una estrella finísima encima de su cabeza, al fondo de la alcoba, más allá de sus almohadas sensibles, en los arrecifes verdaderos de su último sueño.

Tal vez oigamos la voz confundida en un canto enorme porque el mar está tendido sobre varias pianolas y a veces se abandona a sus propios instintos.

Entonces llega la hora de la transfiguración. El mar suda y se retuerce de un íntimo dolor. Cada ola se convierte en ángel y vuela.

¡Ay de aquél que osó levantar la mano sobre el mar!

Vosotros no lo sabéis y por eso os lo digo: en las noches cuando nadie lo mira, el mar se convierte en un gran monumento y dicen que en la punta se alza de pie, solemne, la estatua de sí mismo.

Nadie sabrá nunca cuál es la verdad, ni tampoco el número de errores que maneja cada hombre en todos los instantes de su vida.

¿Sobre qué cantidad de errores descansa cada invento del hombre?

Esos inventos más hermosos que una chispa eléctrica y que las piernas de una mujer. Aquí se inclinan todos los sabios, aquí se arrodillan los profetas, aquí canta el gallo y donde termina su canto nace un paisaje como todos sabéis. Después sólo se ven las manos de los náufragos aferradas a

las olas y una botella que flota y se aleja para contar la historia de tanta angustia.

¡Isolda, si tú supieras!

El cielo ha cambiado siete veces. Y volverá a cambiar a causa del mar. Porque el mar se ha convertido en globo y soltó sus amarras y se fué por el cielo.

¿Qué sacáis con apuntar vuestros cañones y con tocar las campanas?

En el horizonte, el sol que se pone, extiende la mano y nos mira apenas detrás de sus cinco dedos separados como los rayos de una rueda. ¿Qué podemos hacer?

Sobre el campo desierto cae el huevo de una águila que pasaba volando sin saber a dónde dirigir sus pasos. Ese será el campo de la fecundidad

durante algunos años y acaso allí mismo nazca una gran capital.

Los telescopios se levantan y se pierden en la eternidad. El cielo se desnuda. Cruzan aerolitos y relámpagos más allá de la Vía Láctea, pasa el cortejo ceremonioso de los cometas y nadie teme ya la cólera de Dios.

El cielo se desnuda y se ven los ojos agonizantes del que todo lo creó.

El cielo se desnuda y se ve el fantasma nocturno que lleva a los astros el alimento cotidiano.

El cielo se desnuda y se ve la gruta de candelabros en cuyo centro duerme la mujer de carne que todos conocemos envuelta en sus cabellos.

Pasan las cebras sonámbulas al galope y se ven las ventanas que se abren

en la oscuridad como parásitos pegadas a la noche.

¡Ah, si tú supieras! Yo estoy escondido adentro de tu sombra. Yo soy el árbol recién nacido adentro de tus ojos. Soy el niño de pies desnudos como estatua que grita en el naufragio entre los reflejos impasibles.

Soy el espectro que se aleja guiado por sus palomas, esas palomas llenas de sabiduría que se nutren de la luz de los faroles titubeantes.

Héme aquí fatigado y terrible, más terrible que el barco desahuciado que se aleja aullando por el cielo y muere dulcemente como un hombre o como un perro cuando siente por primera vez el peso de su esqueleto debajo de la carne.

¡Ah, si tú vieras! Cuando se abre

el vientre materno como una jaula y la mujer levanta los brazos al infinito ofreciendo todos los vuelos futuros.

Si tú vieras. Los tejados temblorosos antes de levantarse para siempre. Los tejados que se irán quién sabe a dónde con su carga de nubes.

Si tú vieras ahora el insecto que salta al contacto de dos cables vengativos y puede tomar hasta forma de hombre para el ojo que mira con atención.

Y la inconciencia de la noche rodeada por un canal profundo; la inconciencia de los árboles que se baten frecuentemente. Cuántas veces los he visto tirarse del pelo e insultarse por un pájaro.

Ante tales misterios, ante tales fuerzas ocultas, la inconciencia del

mar que podría de repente partirse por la mitad, es algo increíble.

Pero tú sabes que llegará el día en que serán tocados por la gracia como las montañas y entonces cada uno tendrá una aureola en torno.

Entonces veremos a las niñas que salen del colegio, en un vuelo liviano con las trenzas al viento hacia el volantín que las aguarda a la entrada del volcán.

Veremos la estatua que se pasea sobre las casas, lavada por la lluvia como las heridas del guerrero. Veremos las transformaciones del silencio y los éxtasis del que contempla los juegos del ocaso y luego la estrella parpadeando en la corriente de aire.

Mas sólo el hombre que agoniza verá una flor agitando las manos

adentro del vientre de la mujer amada. Y después se beberá la muerte de un sorbo.

La mujer podrá alejarse barriendo la vida con sus faldas, podrá esperar desnuda encima de la noche, con toda su hermosura en libertad.

Ella podrá asomarse al balcón de su belleza, podrá pasearse con su espalda blanca llena de nocturnos sin importarle que la lluvia caiga sobre sus huesos, la lluvia donde raras veces pueden colgarse los ahorcados. Pero ella huele la tristeza, oye la voz de las tumbas y abre la boca para morder la muerte.

El hombre que se acerca tiene atados los ojos y levanta un himno o una planta acuática en la mano.

Todos los puentes se derrumban y

la reina no puede pasar, la reina con el cerebro perfumado por sus pensamientos, la reina con los ojos azules olientes a mar.

Por sus poros escapa la fiebre y sus cinco sentidos se mueren a la puerta misma del misterio.

Sólo el seno del corazón sigue viviendo, rodeado de sus vasallos, con todos sus mitos de estatua. Sigue viviendo y mirando, mirando como un ojo desorbitado, sin obedecer las órdenes del creador que truena desde el fondo de su sueño.

¡Cuántos sacos de oro amontona el avaro en su caverna para comprar ese seno que flotará hasta el fin de los siglos en su barrica llena de recuerdos!

Acaso un niño inexperto con los labios envenenados de quimeras va a

morderlo ahora que tantas manos se tienden hacia él. Acaso va a librar una batalla encarnizada, fuera de sus años, por el sexo que se adivina, paseando bajo las ropas de sombra.

Ella es el fantasma de piel transparente que no tiene rostro, sino un vacío redondo entre el pelo y el cuello.

Huye, niño delicado, con tu corona de caricias en la cabeza. Huye, te digo, a las cavernas del polo y canta mientras la hermosa legendaria escucha el sonido de las balas que corren tras ella.

*

Tendida la red de seno a seno otras han podido esperar.

Durante la noche, el precioso tem-

blor se esconde en las grutas marinas. Allí baja el buscador de perlas, y a veces, ha encontrado tendidas sobre las aguas a la joven legendaria con los brazos atados. Entonces vuelve a subir la escala que cuelga de la noche y se pierde en la zona de los pájaros agoreros.

Desde la más alta roca puede lanzar una cuerda a la mujer crucificada en sus despojos y levantarla hasta la cima de los árboles donde trepan angustiados los que llevan aún el recuerdo del diluvio.

Corred a secaros en la boca del volcán que pronto levantará sus banderas en señal de triunfo.

Niño terrestre, cuando tratas de conciliar las alas con tus ojos humedecidos, olvidas las florecencias del

laberinto interno, olvidas la caverna luminosa de los poseídos.

El volcán sabrá recordarte lo que olvidas y te lanzará una flor a la memoria y entonces verás pasar ante ti todo el universo como el salvaje parado en la montaña mira pasar el huracán o el río lleno de árboles desgajados.

La mujer que todos conocemos se alejará de ti por la orilla de los astros errantes con la carga de su cabellera en las espaldas, se alejará bajo una luna que se hincha por glotonería o acaso por la lluvia periódica de las nieves eternas. Se alejará la mujer con un cadáver precioso bajo el brazo y verá venir hacia ella de pronto una isla de colores violentos.

Su cabellera augusta caerá sobre el

mar entre las algas milenarias. Se vestirá de la locura con toda su luz propia y será como la pantalla de seda que mira el moribundo.

Entretanto, el otro, en su cárcel de sabiduría, no podrá levantar los ojos sin ver sobre cada libro, sobre cada microscopio la estatua de senos enormes y vientre pulido que anima su propio corazón.

Esa es la estatua del alcohol vivo que brota de sus poros y cae en cascada hasta los pies encadenados.

Y ese juego que habéis creído que es el juego de la vida, no es sino el juego de la muerte.

He ahí al hombre sobre la mujer desde el principio del mundo, hasta el fin del mundo. El hombre sobre la

mujer eternamente como la piedra encima de la tumba.

No otra cosa sois que la muerte sobre la muerte. Contempla el gesto de espasmo de aquella que se muere en la muerte.

Así pues, atraviesas la vida encerrada adentro de la muerte.

—Isolda, en vano suspiras en la noche, en vano gritas mi nombre cuando ya no oigo, cuando un sudor de sangre me cubre las orejas, cuando el cielo se vacía en mi retina. Todo hombre es un cobarde. No creas en los excepcionales que te pinta el sueño caído de otros astros menos palpables. El místico es el hombre del pavor, es el hombre que no quiere estar solo, es el que quiere ser dos por miedo a la soledad.

¡Ah, si tú supieras!

Qué no daría yo por hacerles callar con su voz azulada y romperles las formas y los colores del sentimiento eterno o pasajero, siempre dulce, demasiado dulce para el paladar de un náufrago infinito.

Los acontecimientos están por encima de la voz humana. El fenómeno que se condensa ahora en una bandera de mármol es mucho más importante que tus artes, tus artificios y tus artimañas.

El papel de música es un almácigo sin destino. No brotarán de allí las selvas futuras, míralo y verás que apenas marca un viñedo momentáneo.

El mar te trae el ataúd sensible hasta la puerta de tu casa, acaso hasta el mismo borde de tu cama para que te

encierres en él con tu preciosa histeria y con tus alaridos, esos alaridos sucios, sucios como las lágrimas de la demostración algebraica del dolor.

Enciérrate en él y que no salga la semilla de tu vientre que podría ser un piano con sus microbios de crepúsculo, un piano de alma turbulenta que salta como agua hirviente.

Levanta los brazos, mujer, y pide perdón a la criatura que se mece entre tus piernas y no quiere saber nada de la luz de tus pequeños faroles domésticos.

Sopla, sopla y apaga esas luces de quimera con una palabra mágica. Sopla y apaga la estatua que ya va a preguntar el camino, que ya quiere saber el tiempo que hará mañana.

Baja el dedo con que ibas a señalar

el destino ofrecido, tus experiencias de sombra, mientras un barco está naufragando y salta de tromba en tromba, de abismo en abismo bajo el cielo negro.

Emplea mejor tu tiempo en ondular tus cabellos como un mar sencillo que escucha sus pájaros blandos al cruzar la tarde.

Guarda para la muchedumbre en fiesta hueca, acodada en las barandas del puerto tus lecciones nocturnas. Guarda para ella el ceremonial de tus senos que ya no pueden tenerse en sí.

Luego ha de llevarte la carroza del rey con tu vientre y tus piernas, con tu mirada de cometa a través del gentío que te aplaude. ¿Qué más quieres?

El palacio tiene escalinatas que no

se sabe dónde terminan, las columnas sostienen ojivas de planeta a planeta y en todos los jarrones hay cabezas cortadas.

A través de la rejas se ve la eternidad dormida con una placidez indescriptible. ¿Qué más quieres?

Ese es tu destino. Deja a cada cual su libertad que está al principio o al final del vuelo como una rama o un puerto. Y ahora calla.

El moribundo aprieta los labios para que no huya el pájaro definitivo a cantar su romanza sobre otras rocas.

Todo obedece a la cadencia de una voz que nadie sabe de dónde cae.

He ahí el destino de la mariposa magnética.

He ahí el esqueleto aguardando pacientemente su hora, escondido en las

sombras. El esqueleto final que jugará al ajedrez bajo su casa de tierra, mientras viven sus sombreros en las calles ajenas.

Y podéis llorar porque semejante es el horóscopo del árbol.

Esconded las caricias en las cavernas de los pájaros polares en donde el hombre se clava estalactitas en los ojos y la mujer corre saltando entre los ice-berg.

—Isolda, ya viene el huracán asolando el cementerio de las miradas, ya viene el huracán con la velocidad de los planetas lanzados al destino.

Escondámonos en las más hondas catacumbas y allí grabemos nuestro nombre en las piedras sensibles junto al nicho en donde debemos acostarnos por la eternidad.

Allí los curiosos de mañana encontrarán nuestras calaveras y nuestros huesos mezclados.

Sangra la frente del Tiempo en la oscuridad sin reposo de la noche, sangra destrozada por montañas de espaldas.

¡Qué importa!

En la terraza de la última cima mi garganta estuvo tragándose todos los truenos del cielo y mis dedos acariciaron el lomo de los relámpagos, mientras el sol detrás de la noche rehacía sus huestes y se preparaba para el ataque del día siguiente.

¿Oyes el ruido de las olas que se estrellan a causa de la oscuridad?

No temas. Vámonos. Es el velero de la muerte. El monstruo amado

se acerca y viene a lamer nuestras manos.

La tierra es dulce y blanda como el colchón de la eternidad.

La esposa nos invita a la fiesta de sus entrañas. Su beso tiene gusto a labios de infinito y ha de llevarnos más lejos de lo que nadie puede sospechar.

Ahora pasas y yo veo adentro de tu corazón iluminado las arborescencias geológicas que marcan tu edad sobre la tierra.

¿Oyes el ruido de la olas que se estrellan en la noche? ¿Oyes el ruido de las olas que se rompen la cabeza?

Ahora pasas y te pierdes en los paisajes ayer inexpugnables, te vas por los caminos aún vivos y tan equívocos como siempre.

Ya te encontrarás al fantasma que

grita: Sálvese el que pueda, y arroja sus sentimientos y sus recuerdos por la borda para hacerse más liviano.

Te encontrarás también al que bota sus años como el lastre de un globo y luego canta su inconciencia con una voz de novio encadenado y satisfecho.

Te encontrarás al hombre que todo lo sabe, el hombre entristecido que nada ignora, que siempre tiene una respuesta pronta, la palabra madura en la rama de los labios, el hombre que ha estudiado las entrañas de la flor, que conoce el pasado, el presente y el futuro y la genealogía de cada ola.

A pesar de todo, el Misterio se presentará vestido con sus trajes de lujo. La alegría delicada de sus senos pal-

pitantes o el dolor de sus ojos que sólo quieren libertarse, no han de temer a semejantes rivales.

Mujer, mira mis ojos, estos ojos condenados a cadena perpetua.

Y piensa que yo podría entrar en Dios como el buzo en el mar.

Pero no hay un Dios suficientemente profundo para mi corazón, para la angustia de este corazón habituado a las más grandes olas y el corazón prefiere vegetar en su puerto y pudrirse entre las algas.

No creas que tengo miedo.

Ni un temblor me sacude cuando se abren grandes mis ojos y ven lo que se ve en el momento de morir. Porque yo he visto lo que vosotros sólo veréis entonces.

No tengo miedo. Solo me estremez-

co cuando a veces encuentro mi voz en un hombre de antaño.

—Isolda, mírame en la batalla, mírame en el instante más desesperado, cuando todo está perdido. Entonces sí, soy yo y seguramente me veo más hermoso que un buque luchando a muerte contra el mar.

Así digo y me preparo a ser raíz, mientras la tierra huye bramando por el cielo... Mientras la luna mira de reojo y el aire pierde sus límites propios.

¿Qué hacéis allí vosotros vestidos de negro? Estáis a la puerta de mi casa esperando mi entierro con coronas y laureles de fiesta. ¿Y si yo ordeno que mi cadáver se arroje a los perros?

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

*

Todo peso es inútil y el recuerdo sólo entorpece la marcha y dobla las espaldas.

Cuelgan de nuestros cuellos tantos brazos y senos y ojos de vírgenes legendarias que nuestros labios toman forma de flor obsesionada.

Es forzoso el crimen si queréis volar otra vez. Un rítmico asesinato de gimnasta o el malabarismo del prestidigitador que sabe apagar las llamaredas en el vientre o cambiarlas de sitio en el .minuto preciso, haciéndolas surgir en el violín del más descuidado. De allí subirán en escalas delicadas hasta las últimas cimas.

Envuelto en lazos de fuego el que pueda danzar será el preferido y sólo

él sabrá envolver a la joven legendaria en espirales de serpiente. Allí quedará embrujada hasta el fin de los siglos.

Y habéis de saber que el peso del alarido no podrá romper los círculos luminosos cuando llegue la macabra estación y se vea el desfile de los espectros hacia el polo.

Después vendrá la fiesta de las madres y la fiesta de las novias paradas arriba de la torre con los ojos llenos de ceremonias íntimas, los ojos abiertos para que nazcan cómodamente los cuatro puntos cardinales que luego crecen sin medida y desbordan del mundo.

¡Ah, si tú supieras! Las manos del soliloquio se levantan hasta la frente

y hacen toldo a los ojos para mirar más lejos.

¿Todo esto para qué? Pronto vendrán las lágrimas y una muerte a escoger en la variedad seleccionada por los siglos.

¿Oyes clavar el ataúd nocturno? ¿Ves a la hermosa desnuda en su acuario de muerte?

La circunferencia del suspiro en donde creímos sepultar todo aquel pasado puede poblarse de una vegetación tropical y de una fauna vertiginosa.

Crecerán flores debajo del acuario, crecerán flores debajo de las tierras del cementerio y un día aparecerá sobre la tierra el ataúd más viejo levantado en brazos de olores como tallos robustos.

—Isolda, el peso de las lágrimas no puede romper el mármol. Pero he ahí lo que hizo el milagro de la memoria musculosa.

¿Oyes clavar el ataúd nocturno?

Tú eres el caballo que monta la noche para sus más largas marchas.

Sin embargo nunca llegarás al fin. Recorrerás toda la historia de los hombres y no encontrarás lo que buscabas.

La cultura física de los sepultureros hace liviano el mundo y soportable el espectáculo. Sabemos que la lluvia de tierra será eterna, sabemos que el otoño será una fuente de hojas siempre viva, una cascada interminable entre las ramas, sabemos que el invierno alargará su polo a nuestros ojos cuando los juegos de agua se

convierten en estatuas en medio de las llanuras más blancas que la luna. Sabemos que allá lejos al borde del Invierno se verán los ojos de la que aguarda en vano y olvidó que la culpa era suya o por lo menos debía partirse en dos mitades semejantes.

Volará el invierno agitando sus alas pesadas de quien sabe qué metal desconocido y ello sólo porque tú supiste pedir perdón.

Volverán a cruzar las caravanas legendarias que no tienen más título de nobleza que su propia antigüedad, su experiencia indiscutible semejante a las pirámides o al sillón del mandarín que ha oído pasar la música de tantos siglos sin destino aparente a su mirada porque ella estaba siempre fija en los senos desnudos de la bella

torturada que se retuerce tendida sobre las planchas infernales.

A veces antes del fin deseado aparece el hospital abierto y ordenado en su blancura como un restaurante con sus mesas que esperan la igualdad del sentimiento.

Parte el tren inesperado a la satisfacción de sus deseos. En todas partes aguarda anhelante el fusil en la mano temblorosa.

A veces la emboscada camina hacia nosotros, a veces se aleja en otras direcciones y parece no habernos visto o bien habernos olvidado.

A veces el ladrón huye llevando la mano y los senos cortados de la hermosa legendaria en sus bolsillos, otras veces huye el doctor con la valija

en donde escondió los ojos de la amada inolvidable.

El camino sigue derecho y sólo se corta en el mar. Allí están las barcas aguardando apoyadas en la baranda del crepúsculo. En el momento del partir definitivo vuelve aparecer la joven viajera con la cabeza rodeada de siete arco-iris, arrastrando a su marcha el coro de suplicantes que se nutren de su aliento precioso.

Ella quiere que todos vivan preocupados de sus ojos comunicantes, de su cuello rodeado de encajes melódicos, de sus espaldas rodeadas de pieles magnéticas y de su sombrero de arco-iris.

Ella, cuando ve nuestros ojos agujereados por la luz, se asusta, sus

huesos tiemblan debajo de la carne preparada a las catástrofes.

Los instrumentos de tortura son todos semejantes en la base interna de su razón de ser. Hasta las palomas que vuelan de cielo en cielo saben esto desde su más tierna infancia.

La bella legendaria encadenada a sus senos vive en la inocencia de sus cabellos volátiles. Nunca ha mirado a la golondrina desesperada en su bocal de aire, ni otros pájaros semejantes que quieren romper la atmósfera terrestre y huir para siempre de nuestro lado.

Inclina su cabeza bajo los tatuajes del cielo y nada ve. Apenas podría decirse que siente las cadenas de su vientre.

¿Y esto sabéis por qué? Porque no

falta alguna muerta despedazada por los puñales del fantasma escondido detrás de sus cortinas, que haga al fin, el gesto de rechazar y de volver el rostro con naturalidad.

Todas las novias duermen en el mismo lecho.

Allí están durmiendo cruzadas por el mismo sueño con los ojos acuáticos nadando entre las mismas algas submarinas. Desde el principio del mundo las hojas de la virginidad van cayendo fuera de su otoño propio, sin razón ninguna.

La lámpara que vela es semejante a una medusa con los ojos heridos. Y ellas no comprenden.

En la ventana abierta la mano del esqueleto tiende los dedos para atraer los pájaros perdidos sin remedio a

causa de sus impulsos migratorios o de los imanes de la selva. Y ellas no comprenden.

Mueren los pájaros atragantados por su propio instrumento musical, ese instrumento a cuyo son acompasado crecen nuestras vértebras y asciende la savia hasta la cima del cerebro para alimentar las luminarias a la presión debida. Y ellas no comprenden.

Afuera las multitudes se amontonan y se disputan ferozmente los pedaños del santuario milagroso. Suben de rodillas por las escalas de sus himnos y tratan de besar las garras del dragón convulsionado.

El capitán de los lirios defiende los derechos de su casta y seguirá perfumando, mientras viva y el triunfo

sea suyo. En cambio, la mujer desnuda es arrojada a golpes desde arriba y va azotando sus senos en los pedregales donde se quiebran sus lamentos.

Así un día caerá de improviso en la sala del consejo cuando el rey discute con sus favoritos. Ella será la llave del misterio, porque la verdad escapa con la sangre de sus heridas.

Allí está la luz, la luz que los monjes no quisieron ver, preocupados sólo de recoger todo el maná posible y responder a los saludos del dragón.

Cegados por los relámpagos del Dios que estaban adorando, quedaron convertidos en estatua. Ese debía ser su triste fin porque la esfinge no paga las visitas y ni siquiera abre los ojos para mirar el cataclismo.

Huye de aquí. Atraviesa el río inmenso con la corneja al hombro, el río que pasa como un tren y sigue su marcha hasta el infinito.

Atraviesa el río que corre entre palmeras y cigüeñas, palmeras más grandes que los ojos de la amada, el río que no conoces, ese que te señalo, ese que en la noche se llena de linternas mágicas y se duerme bajo su toldo propio si la pastora impassible sabe cantarle junto al oído.

—Isolda ¿cuál es tu voz y cuál debiera ser? ¿En dónde está tu voz y en dónde debiera estar?

Harás un arpa de las ramas y espantarás a las abejas. Te quedarás sola en medio de los espectros que has sabido atraer con tus encantos. Tus dedos delicados arrancarán sus me-

jores melodías a las hojas temblantes y tus ojos allá arriba, mirarán el mundo como la hostia en la custodia.

No dejes que la luna te desnude, ni que te cuelguen de cualquiera estrella lo mismo que los ahorcados por hermosos delitos, los ahorcados que se columpian sobre la eternidad.

¡Qué te importa si el galán se arroja de la torre y pierde la vista en el camino!

Déjalo en paz. Dirás que sus ojos supieron morir con un sobrio heroísmo. No faltará quien recoja los cantos del galán volcánico, ni quien encienda una bujía en su memoria o ponga una corona amenazante en su cabeza de muerto en donde sólo los ojos guardan aún una cierta vida y se levantan en puntillas todas las ma-

ñanas para ir a sembrar la agitación en tu pecho endurecido.

Cantas ¡oh inconsciente! mientras agonizan las serpientes de tus brazos como las bayaderas de los templos.

Las olas son lentas para morir.

¿Oyes clavar el ataúd del mar?

—Isolda, aquella otra, también murió. El, el culpable se aleja por el último camino acompañado de sus crímenes.

Todas murieron. Fueron desembarcando las estatuas en las diversas estaciones.

Con la sonrisa atada aquella se quedó en medio de los campos. Pero hay una, hay una que encalló en las arenas de mi memoria y se sustenta de mis células.

Un día volamos enlazados sobre las

cimas efervescentes. Juntos rodamos al abismo ilimitado y allí elevamos las brujerías del sexo a un rito de naufragio sin defensa.

Cinco meses mi cabeza durmió sobre su vientre. Aquel nudo de arterias y de huesos hacía crujir nuestra fortuna desde el encuentro luminoso. Desde entonces vivo siguiendo su entierro.

Voy bajando la escala de su recuerdo que cada día se hace más larga y cada hora más propicia, entretrejida por estrellas que le dieron toda su luz antes de morir, que se desangraron por ella sin esperar recompensa alguna.

—Isolda, a veces quisiera ahogarme en un océano de mujeres.

Reina la noche en las dos orillas de

tu mirada y yo me paseo por el mundo; me paseo en silencio, me paseo semejante a la soledad de un muerto.

Me paseo por el mundo sin mirar el mundo, me paseo por el mundo sin oír el mundo, me paseo semejante a la dignidad de un muerto.

¿Oyes? Están clavando mi ataúd.
¿Oyes cómo clavan mi ataúd? ¿Cómo encierran la noche en mi ataúd, la noche que será mía hasta el fin de los siglos?

Soy lento, lento para morir.

No temo a la nada ni la temería aunque no tuviera la seguridad de seguir en mi eco, de seguir intangible rodando de eco en eco.

—Isolda, tú has de encontrarme aún varias veces en muchos caminos de la eternidad.

Y también me encontraréis algunos de vosotros llevando los ojos culpables, atados con esposas y forcejeando para romperlas.

Mirad el muerto que se levanta en alta mar. Oíd la voz del muerto que se yergue en su sudario de olas.

Mirad al muerto que se levanta en la cumbre de la montaña.

Oíd, oíd la voz de los muertos.

La gran voz de los abuelos, la negra voz que tiene su raíz en lo más profundo de la tierra y que demora años y siglos en llegar a la superficie y más años y más siglos en encontrar una garganta preparada.

La garganta poderosa que sea como una trompeta. La trompeta de las edades, la trompeta de todos los que han sufrido, de todos los que han

temblado en sudores de sangre sobre el terror o el desaliento, la trompeta de todos los dolores, de todos los rencores, de todas las venganzas. La trompeta de raíces pavorosas.

Oíd, oíd la voz de las tinieblas. Por mi garganta la tiniebla vuelve a la luz.

Entrad a vuestra propia caverna vertiginosa, bajad sin cloroformo a vuestras íntimas profundidades. La sangre tiene luz propia y los huesos despiden chispas a causa de un fósforo afiebrado semejante a un contacto eléctrico.

Señoras y señores: Hay un muerto que aplasta sus cabellos bajo la cabeza adentro de su ataúd. Vosotros tenéis hermosos dientes para decir hermosas palabras.

Señoras y señores: Hay un pájaro que se abre en pleno vuelo y nos arroja la eternidad. Nos arroja entre sangre y vísceras la eternidad como una inmunda promesa.

El pájaro adivinado por los astrónomos conoce todos los secretos.

Señoras y señores: Hay un muerto que está deviniendo esqueleto en su ataúd. Las emanaciones de la carne rasgan la madera y hacen oscilar las puertas de piedra.

Habéis oído crujir las puertas de la tumba y habéis pensado que a dos metros de profundidad hay una ciudad de esqueletos plácidos y calaveras mordedoras. Hay una ciudad de rostros de cera y manos de cera. El polvo secular de vuestros huesos endurece las noches y cae como el tiem-

po en vuestra clepsidra interna porque vuestra sombra tiene la forma de la noche y es una pequeña noche en marcha.

Estáis allí en esa interminable posición en que quedáis después de haber bebido el vaso de infinito que destila el vacío y que os convierte en ceniza respetable de antepasado inmemorial. De todas esas cenizas puede el azar hacer un astro nuevo.

Y yo os digo, queridos oyentes, que el esqueleto desgraciado que es vuestro huésped nunca verá la luz, pues pasará del ataúd de vuestra carne al ataúd del sepulcro. Así, lleváis un prisionero atado en vuestro calabozo vagabundo y sin piedad. Mala suerte es ésta de ir en hombros de esa

armazón que ha de vengarse y que sólo acecha el momento favorable.

El prisionero tiene sed de temperatura como la hermana ardiente, siente delirios de cielo en sus adentros, quiere salir de ese atardecer constante, saltar en un graznido salvaje como el volcán salta del fondo de la tierra y no se detiene hasta que llega a la luz, como el espanto adivinatorio brota del pecho y sube hasta los labios y los ojos convertidos en llagas de silencio. Vuestros huesos, ebrios de soledad, sienten los rumores del rocío en la sangre y adivinan que ellos son la última música, el postrer silbato después del fin del mundo sólo semejante a la sirena de un barco naufragado que sonara de repente en el fondo del mar.

Y cuando los huesos, señoras y señores, rompan los lazos que los atan entre sí como las constelaciones, harán un ruido fabuloso, un ruido de catástrofe para los oídos afinados, más violento que aquel de las lejanías que se libertan y se alejan al galope. Tal es el ansia del prisionero evadido que hace aullar los caminos y que asusta al tiempo sin entrañas, al tiempo que hace gestos de universo.

Señoras y señores: la culebra de los naufragios se muerde la cola y se agranda, se agranda hasta el infinito. Adentro de sus círculos estamos nosotros sorbidos por el abismo de la futura podredumbre, arrojando pus por nuestros ojos como espuma de playas. En tanto, los paisajes internos, sienten el vuelo de los árboles,

nuestros oídos antes de despegarse y caer como hojas, alcanzan a oír el torbellino de las espigas que se ahondan. No hay esperanza de reposo. En vano el esqueleto detrás de su vidrio toma la actitud hierática del que va a cantar. Las puertas internas del planeta se cubren los oídos con violencia como el enfermero que oye los alaridos de la terrible aventura en la última frontera. Nada se gana con pensar que acaso detrás de la muralla abstracta se extiende la zona voluptuosa del asombro.

No, no encontraréis al anciano sentado, sobre las rocas de la nevazón eterna, sonriendo sin dureza y rodeado de héroes meditativos como palmeras.

Dos palabras aún, amigos míos,

antes de terminar: Vanas son nuestras luchas y nuestras discusiones, vana la fosforescencia de nuestras espadas y de nuestras palabras. Sólo el ataúd, tiene razón. La victoria es del cementerio. El triunfo sólo florece en el sembrado misterioso.

Así fué el discurso que habéis llamado macabro sin razón alguna, el bello discurso del presentador de la nada.

Pasad. Seguid vuestro camino como yo sigo ahora.

Soy demasiado lento para morir.

Sin embargo, Isolda, prepara tus lágrimas. Lejana enternecida como un piano de remordimientos, prepara tus mejores lágrimas.

Soy lento para morir. La estatua se pasea sobre el mar y el viento cie-

rra mis párpados en señal de gloria penetrante.

Una montaña ocupa la mitad de mi pecho.

Yo llevo un corazón demasiado grande para vosotros. Vosotros habéis medido vuestras montañas, vosotros sabéis que el Gaurizankar tiene 8.800 metros de altura, pero vosotros no sabéis ni sabréis jamás la altura de mi corazón. Sin embargo, mañana en el fondo de la tierra escucharé vuestros pasos.

¿Quién turbará el silencio? Acallad ese ruido insolente.

Son mis antepasados que bailan sobre mi tumba. Son mis abuelos que tocan a rebato para despertarme.

Es el jefe de la tribu que se encuentra solo y que llora.

Acallad vuestros gritos inútiles.

Henos al fin dormidos en la carne de la tierra.

Desde entonces vive el cataclismo en las ciudades. Caen las murallas y los techos dejando ver pueblos enteros desnudos en diversas actitudes, las más de las veces implorando misericordia.

Asoman brazos y piernas entre escombros.

Hubo también entonces un derrumbe en el cielo. Cuántos pájaros murieron aplastados.

Días después las gentes se paseaban mirando las ruinas. No quedó una sonrisa en pie. Pasaban los fantasmas con los ojos cubiertos aullando, y un hombre enloquecido saltaba de

cabeza en cabeza con el puñal en la mano buscando a un dios culpable.

Sudad, esclavos, levantad las ciudad futuras. Yo entre tanto miro la carrera de las selvas. Yo contemplo el pirata del ocaso y su lento suplicio.

Medid la tierra para saber cuántos milagros caben. Adornad los volcanes, embanderad los ríos, horadad las montañas. Vosotros me diréis mañana cuántos fantasmas se pueden enterrar aún con todos sus sueños.

—Despierta, Isolda, antes que venga la revuelta final y tu lecho quede acribillado por las balas porque nadie cree en tu verdad.

Será preciso, te digo, que tu gracia se levante entre cadáveres, tu gracia cogida en las ruedas del motín, mientras el fuego lo destruye todo y em-

pieza a lamer el horizonte y a trepar por el cielo.

Se doblan las torres bajo la lluvia ilimitada. Vuelan techos ardiendo.

Todo ha de pasar.

De borde a borde el mundo está en silencio. Pero hay algo que aún nos busca en todas partes.

Arad la tierra para sembrar prodigios. Lanzad escalas por todos los abismos.

Decidme ¿qué utilidad presenta la esperanza? Se alejan los veleros en su gólgota interminable, por miedo a la borrasca. Atrás se queda todo.

La canoa que debe perecer va subiendo la última ola.

El cielo es lento para morir.

¿Oyes clavar el ataúd del cielo?

Esta edición, se hizo en la Imprenta Universitaria, en número de mil ejemplares, más cinco especiales designados con los números I, II, III, IV y V, y se terminó el 18 de Junio de 1942. El autor expresa aquí su gratitud a don Adolfo Leves Chirce, monotipista; a don Luis Soto López, fundidor; a don Jorge Aguirre Páez, ayudante de fundidor; a don José Sandoval Vallejos, ayudante de tipógrafo; a don Isidoro Gutiérrez Chaparro, corrector de pruebas; a don Juan Zapata Acuña, atendedor; a don Luis Correa Cornejo, a don Julio Cura Hípdola, cajistas; a don Pedro Catalán Erazo, compaginador; a don Carlos Brown Romero, remendista; a don Armando Olmos Muñoz, impondor; a don Rafael Pérez Pérez, ayudante de impondor; a don Manuel Sánchez González, a don Genaro Verdejo Vergara, prensistas; a don Oscar García Riquelme, marginador; a don Antonio Pastenes Varas, alizador; a doña Blanca Pastenes Varas, costurera; a don Luis A. Abarca Abarca, oficial de encuadernación; a don Luis González Tamayo, cortador; a don Mario Biz-zoni Verdugo, aprendiz; a don Roberto Miranda Silva, maestro de encuadernación; a don Luis Aguirre Ruz, regente; a don Mauricio Amster, director de la edición, que hicieron este libro y pusieron su empeño en acreditar la tipografía chilena.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Colección de Autores Chilenos

DIRECTOR: MANUEL ROJAS

publicado

ALHUE, JOSÉ SANTOS GONZÁLEZ VERA/
LA EPOPEYA DE MOÑI, MARIANO
LATORRE / LOS PAJAROS ERRANTES,
PEDRO PRADO / VIÑETAS, ALFONSO BUL-
NES / EL LIBRO PRIMERO DE MARGA-
RITA, JUVENCIO VALLE / TRES POETAS
CHILENOS, TOMÁS LAGO / TEMBLOR
DE CIELO, VICENTE HUIDOBRO

en prensa

CANCION, JUAN GUZMÁN CRUCHAGA /
POEMAS SELECTOS, MAX JARA / MI-
RANDO AL OCEANO, GUILLERMO LA-
BARCA HUBERTSON

Para adquirir esta colección abrimos un registro de suscriptores que recibirán los 10 volúmenes por la suma de ciento veinte pesos. En el último volumen que se imprima aparecerán los nombres de dichos suscriptores. La colección se venderá al público al precio de ciento cincuenta pesos.

EDITORIAL *Cruz del Sur*

CASILLA 373, SANTIAGO DE CHILE

Colección

B I O - B I O

publicado

NIMBO DE PIEDRA
por Juvenio Valle

PRIMER PREMIO DE POESÍA EN EL CERTAMEN
DEL CUARTO CENTENARIO DE SANTIAGO DE
CHILE

★

en preparación

EL CENTENARIO DE LA FOTOGRAFÍA EN CHILE
por Eugenio Pereira Salas

EUTRAPELIA, HONESTA RECREACIÓN
por José Santos González Vera

EDITORIAL *Cruz del Sur*

CASILLA 373, SANTIAGO DE CHILE

Colección
RAIZ y ESTRELLA



Publicado
ESPAÑA Y EUROPA
por José Ferrater Mora



en preparación
EL FUTURO CONSTITUCIONAL DE
ESPAÑA Y EL PROBLEMA CATALÁN
por Luis Jiménez de Asúa

POETAS EN EL DESTIERRO
por José Ricardo Morales

EDITORIAL *Cruz del Sur*

CASILLA 373, SANTIAGO DE CHILE

Colección

TIERRA FIRME

DIRECTOR: JOSÉ FERRATER MORA

en preparación

DE LAS CONSPIRACIONES Y DE LA
JUSTICIA POLÍTICA,
por Guizot.

TRATADO POLÍTICO
por Spinoza.

TRATADO SOBRE LA TOLERANCIA,
por Voltaire.

DEL REY Y DE LA INSTITUCIÓN REAL
por el P. Juan de Mariana.

EDITORIAL *Cruz del Sur*

CASILLA 373, SANTIAGO DE CHILE

Colección

La Fuente Escondida

en preparación

POR LA REGIÓN DEL AIRE Y LA DEL FUEGO.
de Juan de Tarsis, Conde de Villamediana.

OCIO MANSO DEL ALMA,
de Francisco de Figueroa.

LA VENA ROTA,
de Salvador Jacinto Polo de Medina.

DEL CRUDO AMOR VENCIDO,
de Francisco de la Torre.

JARDINES COMPUESTOS,
por Francisco de Medrano.

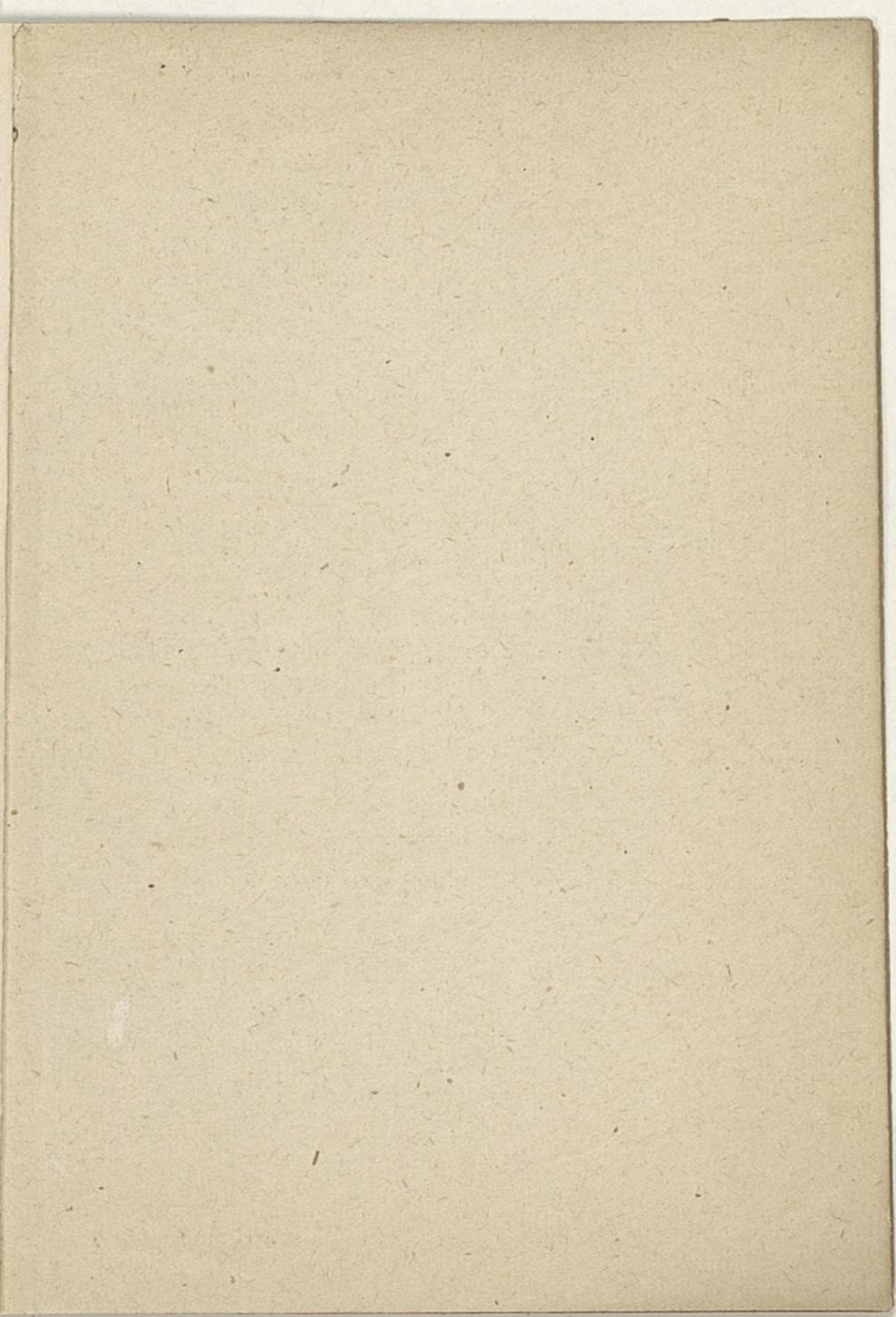
ADMIRACIÓN DE MARAVILLAS,
de Pedro Espinosa.

VIVA SANGRE,
de Juan de Jáuregui.

ROMANCERO ESPIRITUAL,
de Josef de Valdivielso.

EDITORIAL *Cruz del Sur*

CASILLA 373, SANTIAGO DE CHILE



\$ 15 m. ch.

Impreso en Chile

Imprenta Universitaria - Santiago



